

Escuchemos, sea en la boca del joven Eliú el mas joven, y consiguientemente el menos empedernido de los amigos de Job, sea en los labios mismos del patriarca de Hus, despues de su acceso de blasfemia, esta filosofia del desierto, filosofia que nunca hubiera llegado á poseer el hombre, si no lo hubiera sido revelado por comunicaciones mas íntimas y directas con la sabiduría divina, durante este período infantil de la humanidad, no decaída aun en la época en que el mismo Dios, como un padre y una madre (segun la expresion sanscrita), educaba en el Eden á su criatura.

X

Despues que hubo agotado toda su cólera Job, despues que hubo lanzado al Omnipotente el reto de que no podria convencerlo de culpa alguna, levantóse el joven Eliú con la modestia ruborosa que convenia á sus años.

« Soy el mas joven de todos, » dijo á los interlocutores, « y teneis sobre mí la autoridad de los años.

« Por esta razon me he mantenido hasta el presente con la cabeza baja, temeroso de proferir mi pensamiento ;

« Pues creía que la edad, por el derecho que le cabe de ser prolija en palabras, hablaria en mi lugar, y que el gran número de los años multiplicaba

y por do quier difundia la verdadera filosofia (la sabiduría).

« Pero, ¡ay! yo lo veo, el espíritu del hombre no pasa de un viento vano, y lo solo que da inteligencia es la inspiracion de Dios. »

Así con pesar lo digo : Escuchadme á mí tambien, que quiero manifestaros mi filosofia.

« Pues bien, veo que ninguno de vosotros es capaz de discutir con Job y confundirlo.

« Pero por mi parte me siento lleno de respuestas, y la inspiracion que me avasalla hace entumecer mi seno.

« Así voy tambien á hablar y á respirar alternativamente, pues mi vez ha llegado, y quiero abrir mis labios águardando respuesta.

« Pero lejos de mí el pretender interpelar á mi Criador, y pretender igualar el hombre al Dios que lo formara.

« Pues no sé cuantas veces estoy destinado á respirar, y si, desde una vida momentánea, no me anonadará ó transportará á otro lugar la mano que me dió el sér. »

Despues, movido de compasion, y procediendo con todo comedimiento para no zaherir la vanidad ni mortificar el dolor del patriarca, le dice :

« Sin embargo, oh Job, no temas que te humille mi elocuencia, ni mi inspiracion en el polvo te sepulte.

« Mis discursos fluirán de la sencillez de mi co-

razon, y mis sentimientos serán puros de toda intencion de afligirte.

« Pero Dios me ha criado como te ha criado á tí mismo, y tanto tú como yo hemos sidos formados del mismo cieno. »

Entrando despues en lo íntimo de su replica :

« Tú dijistes : Justo soy y sin pecado, y no hay en mí la menor mancha, » etc.

.

« Con una sola palabra quiero responderte : Dios es infinitamente superior al hombre.

« Tú te quejas que no replica á todas tus palabras.

« Haz de saber que Dios habla tan solo una vez y no repite dos veces lo que se digna decirnos.

« El Omnipotente manifiesta su pensamiento á los hombres en coloquios nocturnos, en la hora en que el sueño embarga nuestras potencias y cuando la criatura mortal se incorpora en el lecho para reposar.

« En este silencio y en este recogimiento presta el Altísimo el oido á las palabras humanas, y revela al hombre en el fondo de la conciencia sus divinas leyes, con el objeto de apartarlos del mal que premeditan, y apartar sus corazones de la via de perdicion.

« Tambien se revela amonestándolos por el dolor en el lecho, y por la enfermedad que los huesos consume.

« Amargo se vuelve el gusto del pan, y el enfermo cesa de desear alimentos.

« Su sustancia se derrite, y sus huesos se desnudan de la carne que los recubria.

« Pero si su pensamiento regresa á los dias de su adolescencia, dirá : Pequé..... y el Señor me ha vuelto la vida.

« Así pues, oh Job, tú deberias decir al Señor : Descarriado me hallo..... Ponedme en el camino recto. Si mal hablé no volveré á aumentar por mis palabras mi culpa.

« Levanta los ojos al cielo, y contempla el ámbito infinito del luminoso firmamento que se extiende sobre nuestras cabezas, mas allá de nuestro alcance.

« Créeme, no perseveres en la blasfemia en que te ha precipitado la desesperacion de tus miserias. »

XI

Y el mismo Dios, por la voz de Elihú y por la voz interior de Job (sin que conste de un modo positivo la intencion del poeta), dirige al patriarca esa fulminante interpelacion, ese reto divino de igualar ó comprender sus obras, interpelacion que es el himno mas sublime que pueda dirigirse á sí misma la Omnipotencia.

Confundido y aterrado por esta enumeracion lí-

rica de las obras de Dios, cesa el santo varon toda vana discusion consigo mismo, ó con la elocuencia viviente de la creacion que ante sus ojos habla.

« Disipada está mi obcecacion, dice : hasta el momento presente mis oidos tan solo habian oido tu voz ; ahora mis ojos te ven *por tus obras*.

« Así me arrepiento y voy á expiar mis palabras en el polvo y cenizas.

« Te veo en tus obras, me arrepiento y expio mis palabras. » Tal es toda la filosofía de Job, y, en nuestro concepto, tal es toda filosofía humana.

La conclusion de este canto sublime se resume, no en vano rumor de palabras, sino en sabiduría y santidad, y el espectador de este drama humano-divino sale no solo conmovido, sino convertido y transformado, que tal es el objeto final de toda obra artística. Si el arte no es la profecía de Dios, ¿ qué puede ser sino la comedia humana ?

XII

Toda poesía que no se reasume en filosofía no pasa de un juguete pueril, y toda filosofía que no se transforma en santidad es un sofisma. Examinemos la parte sustancial de este poema, y veamos si, despues de tantos y tantos siglos de reflexiones, de discusiones, de pretendidos progresos en la via de Dios, hemos dado un solo paso en esos principios evidentemente innatos, revelados ó inspirados al hombre

de los antiguos dias, y que denominábamos al principio de esta conversacion la tradicion antediluviana ó la filosofía del jardin (del Eden). Para mayor inteligencia de esta doctrina, procuremos reasumir en nosotros mismos y del mejor modo que nos sea posible nuestra propia filosofía natural, prescindiendo de los símbolos de verdad ó tinieblas que pueden haber agregado nuestras creencias, nuestros dogmas, nuestros diversos cultos.

Por mi parte, voy á exponer la mia sin mas preámbulos, cabiendo libertad á cada uno de mis lectores de cerciorarse, si penetran en sus conciencias, de si esta filosofía es mas ó menos conforme á la suya, y sobretudo si es ó no conforme á la doctrina del filósofo del desierto, Job.

MI FILOSOFIA PERSONAL.

XIII

Mi intento, al eseribir estas páginas, parecerá tal vez osado en demasia á mas de un lector pronto tal vez á acusarme de presuncion orgullosa : voy en efecto á hacer la confesion general, no de mi vida sino de mi alma.

¿ Pero de qué sirve la palabra escrita sino á revelar el pensamiento ? ¿Cuál puede ser el objeto de la

vida presente sino recoger una filosofía para este mundo y para el otro? Así, diré como Job: QUIERO HABLAR.

Mi alma, como la de todos mis semejantes, es una trinidad misteriosa, compuesta de tres facultades distintas y evidentemente inmateriales: la INTELIGENCIA, el SENTIMIENTO y la CONCIENCIA.

1º La inteligencia comprende y piensa.

2º El sentimiento ama ó aborrece.

3º La conciencia juzga y gobierna.

La inteligencia aislada y desprovista del concurso del sentimiento y la conciencia, es una facultad fría, que, tal como la mirada de nuestro ojo material, contempla el fuego sin sentir su calor. La inteligencia en sí no arguye mérito alguno, y es un don gratuito, y por decirlo así fatal, desprovisto de toda libertad de ver ó no ver, que á manera de un espejo refleja forzosamente la creacion que Dios le ofrece á su vista. La inteligencia es naturalmente inmóvil y pasaria la eternidad entera contemplando el infinito y sin hacer el menor movimiento, si otra facultad no le imprimiese este movimiento ó esta actividad.

El sentimiento es una facultad motriz del alma, cuyo instinto por lo bello y aversion por lo feo imprime á nuestro espíritu un impulso general, obligándolo á amar ó á aborrecer, á buscar ó á huir; y comunicándole al mismo tiempo esos resortes sublimes, sin los cuales el alma careceria del sentimiento de su vida y de la accion sobre sí misma que llamamos pasiones. Sin la victoria del alma sobre

estas pasiones ó sin su derrota, careceria el sér humano de lo que constituye su grandeza: la moralidad.

La conciencia es una facultad innata á la cual compete, por voluntad del mismo Criador, el juzgar y gobernar al alma. De este equilibrio entre la inteligencia y el sentimiento, equilibrio incesantemente destruido por la pasion é incesantemente restablecido por la conciencia, resulta la moralidad ó la inmoralidad, la fuerza ó la flaqueza, el crimen ó la virtud, en otros términos el mérito ó el desmérito del alma.

XIV

¿Cómo constan en vos tales principios? me objetarán tal vez algunos. ¿Quién os sugirió semejantes ideas? me preguntarán mis lectores.

¿Quién? la inteligencia.

¿Y qué os dice esa inteligencia sobre su existencia propia, sobre el mundo interior y el mundo exterior que la envuelven, sobre el Autor de este universo físico y moral, sobre su naturaleza, sobre sus designios, sobre sus leyes, sobre el pasado, el presente, el porvenir de todos los seres formados por su voluntad omnipotente, entre los cuales figurais vos mismo como un átomo imperceptible y fugitivo, como átomo que piensa, que siente y que juzga?

Lo que me dice voy á exponerlo en los siguientes

renglones, do se hallan contenidas con corta diferencia, y salvo la magnificencia del estilo, las ideas de nuestro antecesor Job.

Nada puede venir de la nada, y ésta es necesariamente infecunda. Ahora bien, el ámbito infinito del espacio contiene innumerables firmamentos capaces de devorar millones de millones de miradas como la mia, millones de millones de pensamientos como el que me anima; luego hay un primer sér, abismo y manantial de cuanto existe, sin que nos quepa el menor derecho de discutir acerca de esta existencia, madre de las demas existencias, pues basta tan solo abrir los ojos y extender la mano ó respirar, para convencernos palpablemente y mediante nuestros sentidos físicos, de la existencia de un Dios, al paso que nuestro sentido intelectual lo concluye con la misma certidumbre que lo perciben nuestros órganos materiales.

XV

¿Qué concluye ademas mi inteligencia al concentrarse en sí misma?

Concluye, porque con evidencia lo siente, que el hombre es á la vez, y, durante su breve tránsito en este planeta, pensamiento y cuerpo, espíritu y materia, asociacion momentánea, union misteriosa y doloroso conjunto de dos naturalezas; y que estas

naturalezas son antipáticas entre sí, pugnando y forcejeando continuamente para romper el vínculo que las enlaza, porque una de ellas, por su naturaleza material, tiende incesantemente á la disolucion y á la muerte, mientras la otra, por su naturaleza intelectual, aspira sin tregua ni descanso á la emancipacion y á la vida.

Tal es el papel que desempeña en el alma la pura inteligencia, destinada á ver, á pensar, á apreciar su situacion, si bien por naturaleza es impasible. Si tan solo incumbiese á nuestro espíritu esta facultad de comprender, se ceñiria á efectuarlo así, sin padecer, sin agitarse, sin agonizar en su pena, sin atormentarse en esta mortal prision; y si fuese capaz de sufrir, solo le incumbiria un dolor, el dolor de no poder comprender á Dios, pues, excepto Dios, se siente capaz de escudriñar todo, de penetrarlo todo, de abrazarlo todo, de comprenderlo todo en el orden material y en el orden moral de las creaciones.

Pero lo que es comprender á Dios, le es cosa totalmente imposible, pues Dios es *una causa que no reconoce causa* y á sí mismo se engendra, cuya naturaleza se constituye consiguientemente superior no solo á la inteligencia humana, sino á la inteligencia angélica y á todos los seres criados en las reglas lógicas de la inteligencia. Absurdo puede parecer un efecto sin causa, esto es Dios, y si no fuese necesario este efecto sin causa se podria negar; pero como es necesario y evidente, nos vemos obligados

á reconocerlo, como á reconocer igualmente, y mediante el mismo acto de fé y humildad, que nuestra inteligencia excelsa dista mucho de ser infinita, y que, por mas vasta que sea, esta inteligencia tiene un limite, y este limite lo forma Dios.

Pero nada hay mas decoroso, nada mas sublime que reconocer nuestra inferioridad en presencia de la divinidad, é igualarnos á todo salvo al sér á quien no cabe igual.

Tal es la suerte del alma considerada como pura inteligencia.

XVI

Pero si el alma fuese únicamente inteligencia, careceria de toda actividad, de toda moralidad, y por consiguiente no argüiria su esencia la menor facultad de merecer ó desmerecer, su sola actividad residiria en la contemplacion, su sola moralidad se ceñiria á reverberar la luz de Dios, de que se hallaria impregnada; su solo mérito se reduciria á un acto de fé perpetuo, en la creacion y en el Criador, acto empero fatal é involuntario. Este estado seria seguramente bello, pero no santo, pues sola la voluntad es santa; y si así no fuese, el espejo que refleja la luz tendria tanta virtud como el fuego que la produce.

Así á Dios plugo asociar en el alma el sentimiento

ó la facultad de sentir, juntamente con la inteligencia ó la facultad de comprender. Mediante este complemento, llega á ser humana el alma, y de este modo, por mas que nos repugne esta expresion material que pudiera ser mal interpretada, se halla nuestro espíritu en contacto por sus sensaciones con la materia, tan inferior á la inteligencia. Mediante este mismo complemento, es capaz el alma de goces y de penas, de amor y odio, de anhelo y repugnancia, en una palabra se ve sujeta al rechazo de las pasiones, pasiones que son casi todas sensaciones materiales, comunicadas al alma inmaterial y transformadas en sentimientos. Pero tambien por este mismo medio la acosa y prostra el dolor intelectual de su condicion en este mundo, y le inspira horror esta existencia, juntamente con el deseo de dejarla, con el amor de la vida verdadera, la pasion de la libertad, el anhelo de la inmortalidad, en fin la sed de la eternidad de Dios; sentimientos que pueden degenerar en desesperacion, en delirio calenturiento, en suicidio.

XVII

Pero como esta segunda facultad, el sentimiento, imprime al alma, mediante el juego de las pasiones, del placer y del dolor, una actividad orgánica de que careceria si fuese exclusivamente intelectual su esencia, le era necesario para dirigir y gobernar

esta actividad, una facultad tercera de una naturaleza superior á la inteligencia y al pensamiento, que lleva el nombre de conciencia.

Esta tercera facultad forma el verdadero complemento del alma humana; pues le comunica lo que no pudieran comunicarle las dos primeras: la moralidad. Además es de una naturaleza mas divina que las dos precedentes, pues existe independientemente de nosotros, siendo, por decirlo así, la justicia de Dios innata en lo mas íntimo de nuestro sér, y tanto mas santa cuanto que no es libre. La inteligencia puede engañarse, el sentimiento descarrarse, pero jamás podrá flaquear la conciencia, esto es, el instinto absoluto é incorruptible de lo justo é injusto, del bien y del mal, del crimen y de la virtud, instinto superior á nuestras pasiones y á nuestras culpas, y que nos juzga sorprendiéndonos en flagrante delito de nuestras flaquezas é iniquidades.

La conciencia es la facultad que nos pone en estado de obrar segun Dios y segun el hombre, de elevarnos hasta la virtud, de medir la altura de nuestras caídas, y repetir esta palabra sublime de Job y de la humanidad: Me arrepiento. Por la conciencia, podemos condenarnos á nosotros mismos, como Job, á satisfacer voluntariamente por el mal cometido en pensamiento ó palabra, y anticipar á la justicia de Dios por esa expiación de cuerpo ó espíritu que denomina penitencia el patriarca de Hus.

Este código de la conciencia de la humanidad es tan innato y se halla tan arraigado en el corazón del hombre que, por do quier y en todos tiempos ha sido redactado por todos los legisladores sagrados y profanos con formas diferentes de costumbres, si bien con la misma uniformidad de propósito deliberado de santidad y justicia. Véanse los códigos de la India, ábranse los libros de la China, consúltese la ley de la Persia, recórranse los anales del mundo entero, y nos convenceremos palpablemente que Buda, Zoroastro, Confucio, Pitágoras, Sócrates, Platon, Moisés, concuerdan en las ideas, y que, si cambia el dogma, si truécense las costumbres, la conciencia se conserva innata é idéntica en todos tiempos y latitudes.

XVIII

Tales son las ideas que me sugiere la filosofía especulativa sobre la naturaleza del alma humana. Tales eran igualmente las ideas de Job ó de la filosofía antediluviana, trasmitida y como filtrada tradicionalmente, desde la grande aurora intelectual en el Eden.

Estas ideas verosímiles las reputo; pero ¿son acaso verdaderas? ¿Quién osará afirmarlo? ¿Hay tanta distancia de nuestros pensamientos á los del Eterno! El punto de vista universal é infinito del